

TRIPTICO

Por ANTONIO LÓPEZ MARTÍNEZ

I A EUGENIO HERMOSO

Por su medalla de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes, en 1948.

Una pena gozosa transverbera la risa
del ramo fresco y prieto de mozas campesinas...
Rosa, Juma y las otras, aceleran su prisa,
por los campos heridos de luces matutinas...
Las granadas y frutos en que el jugo se irisa
traen hasta tí, que esperas sus gorjas cristalinas
y, un laurel verde-gay, que a Nertóbriga frisa,
como acanto precioso, con flor y sin espinas...
Extremadura toda; su campo, sus canciones,
aguas, flores, espigas, dolores y emociones,
te brinda en copa limpia colmada de rubores;
con esa austeridad y esa fuerza armoniosa
llena de señorío, blasón de casta airosa,
que va de sus labriegos a sus conquistadores.

II

MONTEROS DE ALPOTREQUE

A Adelardo Covarsi, por su primera Medalla en la Exposición de Bellas Artes, de 1948, con este cuadro.

La luz viste de azules la vasta serranía,
diluídos en ópalos de color esplendente...
En el amplio robledo de belleza bravía,
los monteros descansan con un gesto impaciente.
Un momento, ligera, resuella la jauría
con ladrido sonoro, redoblado y creciente,
mientras reparan fuerzas, alto en la montería,
peones y ojeadores, junto a un ciervo muriente...
Los olores se densan en el aire suave;
madroñeras, lentiscos y jarales, son clave
de este perfume inédito, que canta a Extremadura.
Los autumnales tonos se queman de resoles,
que espejean lejanías vagas y tornasoles,
para que tú las pintes, poeta de su hermosura.

III

MANUEL MONTERREY

Poeta de Badajoz

Como cíclope activo de ciudad encantada,
ojo de fuego al lente engarce de las horas;
el poeta artesano aguja la mirada,
mientras vuela su alma, con mil alas sonoras...
Rosas de azul ensueño le ofrece su enramada,
donde trinan gozosas las aves más canoras
y, en tanto el tiempo corre, su clepsidra callada,
va dorando su cauce de estrellas y de auroras...
Amoroso y orfebre va labrando su verso,
con un númen radiante, ágil, pulido y terso,
heraldo claro y vivo de toda galanura...
El hombre, el cielo, el río, la rosa y el celaje,
todo tiene relumbres en el sutil encaje,
con que este noble vate, adorna a Extremadura.

Marzo, 1949.

¡Perdonad!

Al presbítero, D. José Luis Cotallo

EN la cumbre del Gólgota, Jesús está clavado en la cruz. En su mortal agonía fija su mirada en la tierra, y no oye, sino insultos y blasfemias, no ve sino desamparo e ingratitud.

A su lado, la Madre más afligida, herida en lo más íntimo de su alma, recibiendo en su corazón la saeta del dolor; Juan su discípulo amado y la Magdalena, redimida por amor.

Sumido en un abismo de amargura, enfrente de un pueblo ingrato, que en pago de tantos beneficios le llevó al Calvario, levanta el Señor sus ojos al cielo diciendo: «Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen».

Jesús muere perdonando, con los brazos tendidos, a la humanidad. Por amor a los hombres pasa todo este tormento, para reparar el atrevimiento con que le ofendemos; para expiar la vergüenza cuando nos acercamos al confesonario ocultando la maldad de nuestro pecado.

Vino a realizar la obra asombrosa de la redención del mundo y tuvo que sufrir penas hondas, martirios inenarrables para limpiar nuestra alma manchada por el lodo de la tentación: para salvar una raza que había caído en el abismo de la culpa. Fuera de Dios, no hay esperanza de salvación.

De los que sienten vacilar su fe: Pedro en su negación, Pilato con su debilidad y la multitud en su fiera ignorancia, ninguno aparece más culpable que Judas.

Judas representa las pasiones más odiosas de los hombres: la traición y la ingratitud.

Cuando recordamos las escenas de aquel huerto de Jetsemani, iluminado por la luna, aquella perfumada naturaleza, insensible ante el dolor del justo; aquellos discípulos que se rinden al sueño, y aquel apóstol traidor que sella la divina frente del que entrega con un beso, es un cuadro de realidad tan terrible, que surge siempre nuevo a través de los siglos.

En el servicio del mundo todo es odio, calumnias y engaño, en contraposición con la doctrina de Cristo.

No hay bastante grandeza en el corazón humano, cuando las ofensas de nuestros enemigos nos hieren directa y hondamente, para recordar las palabras de Jesús en la Cruz.

Madres que lloráis la ausencia o pérdida de vuestros hijos, consoláos... unid vuestras lágrimas, con las lágrimas de la Madre desolada, por el abandono de todos nosotros.

Recojamos en nuestros corazones las últimas palabras del divino Maestro.

Perdón pide al Padre para sus verdugos, para nosotros, porque nuestras iniquidades son las que le han crucificado.

Lector cristiano, a imitación de Cristo, sea nuestro corazón caritativo. Para nuestros enemigos, el perdón...

FRANCISCO PEDRERA CORTÉS